BT660
.G8
B42
c.1

1891

APARICION
DE
NTRA. SRA.
DE GUADALUPE

TRADICION ESCRITA

por el Lic.

D. LUIS BECERRA TANCO.

MEXICO.

Libreria Católica de "El Tiempo"

1891.

99

378

42499

005378

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

42499

APARICION

DE

NTRA. SRA.

DE GUADALUPE

TRADICION ESCRITA

por el Lic.

D. LUIS BECERRA TANCO.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO.

Librería Católica de "El Tiempo"

1891.

BT660
.98
B42

FONDO EDITERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Texto de la relación traducida por Tanco.

"*Tradición del milagro.*—Corriendo el año del nacimiento de Cristo Señor Nuestro de 1531, y del dominio de los españoles en esta ciudad de México y su provincia de la Nueva España, cumplidos diez años y casi cuatro meses; extinguida la guerra, y habiendo comenzado en aqueste Reino el Santo Evangelio, sábado muy de mañana, ántes de esclarecer la Aurora, á nueve dias del mes de Diciembre, un indio plebeyo y pobre, humilde y cándido, (1) de los recien convertidos á nuestra santa fé católica, el cual en el santo bautismo

(1) Sencillo.

005378

se llamó *Juan*, y por sobrenombre *Diego*, natural, segun fama, del pueblo de *Cuautitlán*, distante cuatro leguas de esta ciudad hácia la parte del Norte de la Nación mexicana, y casado con una india que se llamó *María Lucía*, de la misma calidad que su marido, venia del pueblo en que residia (dicese haber sido el del *Tolpetlac*, en que era vecino) al templo de Santiago el Mayor, Patron de España, que es en un barrio de *Tlatelolco*, Doctrina de los religiosos del Señor San Francisco, á oir la Misa de la Virgen María. Llegando, pues, al romper del alba, al pié de un cerro pequeño que se decia *Tepeyacac*, que significa *extremidad ó remate agudo de los cerros*, porque sobre alen á los demás montes que rodean el valle y laguna, en que yace la ciudad de México, y es el que más se le acerca; y el dia de hoy

se dice de Nuestra Señora de Guadalupe, por lo que se dirá despues de esto: oyó el indio en la cumbre del cerrillo, y en una ceja de peñascos que se levanta sobre lo llano á orilla de la laguna, un canto dulce y sonoro, que, segun dijo, le pareció de muchedumbre y variedad de pajarillos, que cantaban juntos con suavidad y armonía, respondiéndose á coro los unos á los otros con singular concierto, cuyos ecos reduplicaba y repetia el cerro alto, que se sublima sobre el montecillo; y alzando la vista al lugar, donde á su estimacion se formaba el canto, vió en él una nube blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un hermoso Arco-Iris de diversos colores, que se formaba de los rayos de una luz y claridad excesiva que se mostraba en medio de la nube. Quedó el indio absorto y como fuera de sí en un

suave arrobamiento, sin temor ni turbación alguna, sintiendo dentro de su corazon un júbilo y alborozo inexplicable, de tal suerte, que dijo entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo? ó ¿adónde he sido llevado? ¿Por ventura he sido trasladado al paraiso de deleites, que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne jardin de flores, ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* Estando en esta suspensión y embelesamiento, y habiendo cesado el canto, oyó que lo llamaban por su nombre *Juan*, con una voz como de mujer, dulce y delicada que salia de los esplendores de aquella nube, y que le decian, que se acercase: subió á toda prisa la cuestecilla del collado; habiéndose aproximado

Primera Aparición.

Vió en medio de aquella cla-

ridad una hermosísima Señora muy semejante á la que hoy se vé en su bendita Imágen, conforme á las señas que dió el indio de palabra, ántes que se hubiera copiado, ni otro la hubiese visto: cuyo ropaje, dijo, *que brillaba tanto, que hiriendo sus esplendores en los peñascos brutos que se levantan sobre la cumbre del cerrillo, le parecieron piedras preciosas labradas y trasparentes y las hojas de los espinosos nopales que allí nacen, pequeños y desmedrados por la soledad del sitio, le parecieron manojos de finas esmeraldas, y sus brazos, troncos y espinos, de oro bruñido y reluciente; y hasta el suelo de un corto llano que hay en aquella cumbre, le pareció de jaspe matizado de colores diferentes:* y hablándole aquella Señora con semblante apacible y halagüeño en idioma mexicano, le dijo:

—*Hijo mio, Juan Diego, á quien*

amo tiernamente, como á pequeñito y delicado (que todo esto suena la locución del lenguaje mexicano) *¿á dónde vas?*

Respondió el indio:

—*Voy, noble dueño y Señora mia, á México, y al barrio de Tlaltelolco á oir la Misa que nos muestran los ministros de Dios y sus títutos suyos.*

Habiéndole oido Maria Santisima, le dijo asi:

—*Sábete, hijo mío, muy querido, que soy yo la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, Creador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde, como Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasión que tengo de los naturales y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y llamaren en sus tra-*

bajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos, para darles consuelo y alivio: y para que tenga efecto mi voluntad, has de ir á la ciudad de México, y al palacio del Obispo, que allí reside, á quien dirás que yo te envío, y cómo es gusto mio que me edifique un templo en este lugar; le referirás cuanto has visto y oido: y ten por cierto tú, que te agradeceré lo que por mí hicieres en esto que te encargo, y te afamaré y sublimaré por ello: ya has oido hijo mio, mi deseo; vete en paz, y advierte que te pagaré el trabajo y diligencia que pusieres: y asi harás en esto todo el esfuerzo que pudieres.

Postrándose el indio en tierra, le respondió:

—*Ya voy, nobilísima Señora y dueño mío, á poner por obra tu mandato, como humilde siervo tuyo: quédate en buena hora.*

Habiéndose despedido el indio con profunda reverencia, cogió

la calzada que se encamina á la ciudad, bajada la cuesta del cerro que mira al Occidente. En ejecución de lo prometido, fué vía recta Juan Diego á la ciudad de México, que dista una legua de este paraje y montecillo, y entró en el palacio del Señor Obispo: era é te el Ilustrisimo Señor D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo de México. Habiendo entrado el indio en el palacio del Señor Obispo, comenzó á rogar á sus sirvientes que le avisasen para verle y hablarle: no le avisaron luego, ora porque era de mañana, ó porque le vieron pobre y humilde; obligáronle á esperar mucho tiempo, hasta que conmovidos de su tolerancia, le dieron entrada. Llegando á la presencia de su Señoria, hincado de rodillas, le dió su embajada diciéndole: *que le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella madrugada:* y refi-

rió todo cuanto habia visto y oido, según que dejamos dicho. Oyó con admiración lo que afirmaba el indio, extrañando un caso tan prodigioso; no hizo mucho aprecio del mensaje que llevó, ni le dió entera fé y crédito, juzgando que fuese imaginación del indio, ó sueño; ó temiendo que fuese ilusión del demonio, por ser los naturales recien convertidos á nuestra sagrada religión; y aunque le hizo muchas preguntas acerca de lo que habia referido y le halló constante, con todo, lo despidió, diciendo, que volviese de allí á algunos dias, porque queria inquirir el negocio á que habia ido, muy de raiz, y le oiria más despacio, por informarse (claro es) de la calidad del mensajero y dar tiempo á la deliberación. Salió el indio del palacio del Sr. Obispo muy triste y desconsolado, tanto por haber entendido que no se le habia da-

do entera fé y crédito, cuanto por no haber surtido efecto la voluntad de María Santísima, de quien era mensajero.

Segunda Aparición.

Volvió Juan Diego este propio dia sobre tarde, puesto el sol, al pueblo en que vivia y á lo que se presume por los rastros que de ello se han hallado, era el pueblo de *Tolpetlac* que cae á la vuelta del cerro más alto, y dista de él una legua, á la parte del Nordeste. *Tolpetlac* significa *lugar de esteras de espadaña*, porque seria en aquel tiempo única ocupación de los indios vecinos de este pueblo el tejer esteras de esta planta. Habiendo, pues, llegado el indio á la cumbre del cerrillo, en que por la mañana habia visto y hablado con la Virgen María, halló que le aguardaba con la respuesta de su mensaje: así que

la vió, postrándose en su acatamiento, le dijo:

—*Niña mia, muy querida, mi Reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar con el Obispo, hasta después de mucho tiempo, habiéndole visto le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible y con atención: mas á lo que vi yo en él, y según las preguntas que me hizo, colegí, que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez, para inquirir de mi más despacio el negocio á que iba, y escudriñarlo muy de raiz. Presumió que el templo que pides se te labre, es ficción mia, ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto una persona noble y principal, digna de respeto, á quien deba darse crédito: porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este nego-*

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tejeda

cio á que me envias; perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he excedido á el decoro que se debe á tu grandeza; no sea que yo haya caido en tu indignación, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.

Este coloquio en la forma que se ha referido, se contenia en el escrito histórico de los naturales; y no tiene otra cosa mia, sino es la traslación del idioma mexicano en nuestra lengua castellana, frase por frase.

Oyó con benignidad Maria Santisima lo que le respondió el indio, y habiéndole oido le dijo así:

—Oye, hijo mio muy amado, sábete que no me faltan sirvientes ni criados á quien mandar, porque tengo muchos que pudiera enviar, si quisiera, y que harian lo que les ordenase; mas conviene mucho que tú hagas este negocio y lo solicites, y por intervención tuya ha de tener efecto mi voluntad y mi deseo: y

así te ruego, hijo mio, y te ordeno, que vuelvas mañana á ver y hablar al Obispo, y le digas que me labre el templo que le pido, y que quien te envia es la Virgen María, Madre de Dios verdadero.

Respondió Juan Diego:

—No recibas disgusto, Reina y Señora mia, de lo que he dicho, porque iré de muy buena voluntad, y con todo mi corazón á obedecer tu mandato y llevar tu mensaje, que no me excuso, ni tengo el camino por trabajo; mas quizá no seréaceepto ni bien oido, ó ya que me oiga el Obispo, no me dará crédito; con todo, haré lo que me ordenas, y esperaré, Señora, mañana en la tarde en este lugar, al ponerse el sol, y te traeré la respuesta que me diere: y así queda en paz, alta niña mia, y Dios te guarde.

Despidióse el indio con profunda humildad, y se fué á su pueblo y casa. No se sabe si dió noticia á su mujer ó á otra per-

sóna de lo que le habia sucedido, porque no lo decia la historia; sino es que confuso y avergonzado de que no se le hubiera dado crédito, no se atrevió á decirlo hasta ver el fin de este negocio.

En el dia siguiente, domingo diez de Diciembre, vino Juan al templo de Santiago *Tlaltelolco* á oir Misa, y asistir á la Doctrina Cristiana, y acabada la cuenta que acostumbran los ministros evangélicos hacer de los feligreses naturales en cada parroquia, por sus barrios (que entonces era una sola, y muy dilatada la de Santiago *Tlaltelolco*, que se dividió despues en otras, cuando hubo cópia de sacerdotes) volvió el indio al palacio del Sr. Obispo, en obediencia del mandato de la Virgen María; y aunque le dilataron mucho tiempo los familiares del Sr. Obispo el avisarle para que le oyese, habiendo entra-

do, humillado en su presencia, le dijo con lágrimas y gemidos, "cómo por segunda vez habia visto á la Madre de Dios en el propio lugar que la vió la vez primera; que le aguardaba con la respuesta del recado que le habia dado antes, y que de nuevo le habia mandado volver á su presencia á decirle que le edificase un templo en aquel sitio que la habia visto y hablado; y que le certificase como era la Madre de Jesucristo la que le enviaba, y la siempre Virgen María."

Oyóle con mayor atención el Señor Obispo, y empezó á moverse á darle crédito; y para certificarse más del hecho, le hizo diversas preguntas y repreguntas ocerca de lo que afirmaba, amonestándole que viese muy bien lo que decia, y acerca de las señales que tenia la Señora que lo enviaba: y aunque por ellas

reconoció que no podia ser sueño ni ficción del indio, para asegurar mejor la certidumbre de este negocio, y que no pareciese liviandad el dar crédito á la relación sencilla de un indio plebeyo y cándido, le dijo: "que no "era bastante lo que le habia dicho, para poner luego por obra "lo que pretendia; y que así le dijese á la Señora que lo enviaba, "le diese algunas señas de donde "coligiese que era la Madre de "Dios la que lo enviaba, y que "era voluntad suya que se labrase un templo." Respondió el indio "que viese cuál señal queria, para que la pidiese." Habiendo hecho reparo el Señor Obispo, que no habia puesto excusa en pedir la señal el indio ni dudando en ello antes sin turbación alguna habia dicho que escogiese la señal que le pareciese, llamó á dos personas, las de más confianza de su familia, y hablán-

doles en la lengua castellana, que no entendia el indio, les mandó que lo reconociesen muy bien, y que se aprestasen luego que le despidiese, para ir en su seguimiento; y que sin perderlo de vista, y sin que él sospechase que lo seguian, con cuidado fuesen en pos de él, hasta el lugar que habia señalado y en que afirmaba haber visto á la Virgen María; y que advirtiesen con quién habla, y le trajesen razón de todo cuanto viesen y entendiesen: hizose así conforme al orden del Señor Obispo. Despedido el indio de la presencia de Su Señoria, salieron los criados en su seguimiento, sin que él lo advirtiese, llevándole siempre á los ojos. Luego que Juan Diego llegó á una puente por donde se pasaba el rio, que por aquella parte, y casi al pie del cerrillo desagua en la laguna, que tiene aquesta ciudad al Oriente, desapareció

el indio de la vista de los criados que lo seguian: y aunque lo buscaron con toda diligencia, habiendo registrado el cerrillo por una y otra parte no lo hallaron: y teniéndolo por embaidor y mentiroso ó hechicero, se volvieron despechados con él; y habiendo informodo de todo al Sr. Obispo, le pidieron que no le diese crédito y que le castigase por el embeleco, si volviese.

Tercera Aparición.

Luego que Juan (que iba por delante á una vista de los criados del Sr. Obispo) llegó á la cumbre del cerrillo, halló en él á María Santisima, que le aguardaba por segunda vez con la respuesta de su mensaje. Humillado el indio en su presencia le dijo, "cómo en cumplimiento de su "mandato. habia vuelto al Pala-"cio del Obispo, y le habia dado

"su mensaje: y que después de "varias preguntas que le habia "hecho, le dijo no era bastante "su simple relación, para tomar "resolución en un negocio tan "grave, y que te pidiese, Señora, "una señal cierta, por la cual co-"nociese que me enviabas tú, y "que era voluntad tuya que se te "edificase templo en este sitio."

Agradecióle María Santísima el cuidado y diligencia con palabras cariñosas; y mandóle que volviese el dia siguiente al mismo paraje, y que allí le daria señal cierta con que el Obispo le diese crédito: y despidióse el indio cortesmente, prometida la obediencia.

Pasó el dia siguiente, lúnes once de Diciembre, sin que Juan Diego pudiese volver á poner en ejecucion lo que se le habia ordenado; porque cuando llegó á su pueblo, halló enfermo á un tio suyo, llamado Juan Bernardino.

à quien amaba entrañablemente, y tenia en lugar de padre, de un accidente grave, y con una fiebre maligna, que los naturales llaman *Cocoliztli;* y compadecido de él, ocupó la moyor parte del dia en ir en busca de un médico de los suyos, para que le aplicase algún remedio: y habiéndole conducido à donde estaba el enfermo, y héchosele algunas medicinas, se le agravó la enfermedad al doliente; y sintiéndose fatigado aquella noche, le rogó à su sobrino que tomase la madrugada antes que amaneciese, y fuese al convento de Santiago *Tlatelolco* à llamar à uno de los religiosos de él, para que le administrase los Santos Sacramentos de la Penitencia y Extrema-Unción, porque juzgaba que su enfermerad era mortal. Cogió Juan Diego la madrugada del dia mártes 12 de Diciembre, caminando à toda diligencia à llamar

uno de los sacerdotes y volver en su compañia por su guia: y asi como empezó à esclarecer el dia, habiendo llegado al sitio por donde habia de subir à la cumbre del montecillo, por la parte Oriente, le vino à la memoria el no haber vuelto el dia antecedente à obedecer el mandato de la Virgen Maria, como habia prometido; y le pareció que si llegase al lugar en que lo habia visto, habia de reprenderlo, por no haber vuelto, como le habia ordenado: y juzgando con su candidez, que cogiendo otra vereda, que seguia por lo bajo y falda del montecillo, no le veria ni detendria; y porque requeria prisa el negocio à que iba, y que desembarazado de este cuidado, podia venir à pedir la señal que habia de llevarle al Sr. Obispo: hizolo asi; y habiendo pasado el paraje, donde mana una fuentecilla de agua aluminosa, ya que iba

á volver la falda del cerro, le salió al encuentro María Santísima.

Cuarta Aparición.

Vióla el indio bajar de la cumbre del cerro, para salirle al encuentro, rodeada de una nube blanca, y con la claridad que la vió la vez primera, y díjole:

—*¿A dónde vas, hijo mio, y qué camino es el que has seguido?*

Quedó el indio confuso, temeroso y avergonzado; y respondió con turbación, postrado de rodillas:

—*Niña mia muy amada y Señora mia, Dios te guarde ¿Cómo has amanecido? ¿Estás con salud? No temes el disgusto de lo que te dijeme de riesgo un siervo tuyo, y mi tio, de un accidente grave y mortal; y porque se ve muy fatigado voy de prisa al Templo de Tlatelolco*

en la Ciudad, á llamar un sacerdote, para que venga á confesarle y olearle; que, en fin, nacimos todos sujetos á la muerte; y despues de haber hecho esta diligencia, volveré por este lugar á obedecer tu mandato. Perdóname, te ruego, Señora mia, y ten un poco de sufrimiento, que no me excuso de hacer lo que has mandado á este siervo tuyo, ni es disculpa fingida la que te doy, que mañana volveré sin falta.

Oyó María Santísima con semblante apacible la disculpa del indio y le dijo de esta suerte:

—*Oye hijo mio lo que te digo ahora: no te moleste ni aflija cosa alguna, ni temas enfermedad ni otro accidente penoso ni dolor. ¿No estoy aquí yo que soy tu madre? ¿No estás debajo de mi sombra y amparo? ¿No soy yo vida y salud? ¿No estás en mi regazo y corres por mi cuenta? ¿Tienes necesidad de otra cosa? No tengas penas ni cuidado alguno de la enfermedad de*

tu tio, que no ha de morir de ese achaque; y ten por cierto que ya está sano (y fué así, según se supo despues, como se dirá adelante.)

Así que oyó Juan Diego estas razones, quedó tan consolado y satisfecho, que dijo:

—*Pues envíame, Señora mia, á ver al Obispo y dame la señal que me dijiste para que me dé crédito.*

Díjole María Santísima:

—*Sube, hijo mio muy querido y tierno, á la cumbre del cerro en que me has visto y hablado, y corta las rosas que hallares allí, y recógelas en el regazo de tu capa y traelas á mi presencia y te diré lo que has de hacer y decir.*

Obedeció el indio sin réplica, no obstante que sabia de cierto que no habia flores en aquel lugar, por ser todo peñascos y que no producia cosa alguna. Llegó á la cumbre, donde halló un hermoso vergel de rosas de castilla, frescas, olorosas y con rocío; y

poniéndose la manta ó tilma, como acostumbran los naturales, cortó cuantas rosas pudo abarcar en el regazo de ella y llevólas á la presencia de la Virgen María, que le aguardó al pié de un árbol, que llaman *Cuauzahuatl* los indios, que es lo mismo que *árbol de tela de araña* ó *árbol ayuno*, el cual no produce fruto alguno y es árbol silvestre y solo da unas flores blancas á su tiempo; y conforme al sitio, juzgo que es un tronco antiguo, que hoy persevera en la falda del cerro á cuyo pié pasa una vereda, por donde se sube á la cumbre por la banda del Oriente, que tiene el manantial de agua de alumbre de frente: y aquí fué, sin duda, el lugar en que se hizo la pintura milagrosa de la bendita imágen; porque humillado el indio en la presencia de la Virgen María, le mostró las rosas que habia cortado: y cogiéndolas todas juntas

la misma Señora y aparándolas el indio en su manta, se las volvió á verter en el regazo de ella, y le dijo:

—*Ves aquí la señal que has de llevar al Obispo, y le dirás, que por señas de estas rosas, haga lo que le ordeno; y ten cuidado, hijo, con esto que te digo; y advierte que hago confianza de tí. No muestres á persona alguna en el camino lo que llevas, ni despliegues tu copa, sino en presencia del Obispo, y dile lo que te mandé hacer ahora: y con esto le pondrás ánimo para que ponga por obra mi templo.*

Y dicho esto, le despidió la Virgen María. Quedó el indio muy alegre con la señal, porque entendió que tendría buen suceso, y surtiría efecto su embajada; y trayendo con gran tiento las rosas sin soltar alguna, las venía mirando de rato en rato, gus-

tando de su fragancia y hermosura. (1)

Aparición de la Imágen.

Llegó Juan Diego con su postrer mensaje al palacio episcopal; y habiendo rogado á varios sirvientes del Sr Obispo que le avisasen, no lo pudo conseguir por mucho espacio de tiempo, hasta que enfadados de sus importunaciones, advirtieron que abarcaba en su manta alguna cosa: quisieron registrarla y aunque resistió lo posible á su cortedad, con todo le hicieron descubrir con alguna escasez lo que

(1) Las rosas milagrosas sirvieron *inmediatamente* de señal á Juan Diego; y las rosas con la Imágen milagrosamente pintada, fueron la señal que *directamente* la Virgen mandó al Santo Prelado.

llevaba: viendo que eran rosas, intentaron coger algunas viéndolas tan hermosas, y al aplicar las manos por tres veces, les pareció que no eran verdaderas, sino pintadas ó tejidas con arte en la manta.

Dieron los criados noticia de todo al Sr. Obispo; y habiendo entrado el indio a su presencia y dádole su mensaje, añadió que llevaba las señas que le habia mandado pedir á la Señora que lo enviaba: y desplegando su manta, cayeron del regazo de ella en el suelo las rosas, y se vió en ella pintada la imágen de María Santisima, como se ve el dia de hoy.

Admirado el Sr. Obispo del prodigio de las rosas frescas, olorosas y con rocio, como recien cortadas, siendo el tiempo más riguroso del invierno en este clima, y (lo que es más) de la santa Imágen que pareció pintada en

la manta, habiéndola venerado como cosa celestial, y todos los de su familia que se hallaron presentes, le desato al indio el nudo de la manta, que tenia atras en el cerebro, y la llevó á su Oratorio; y colocada con decencia la Imagen, dio las gracias á nuestro Señor y á su glorioso Madre.

Detuvo aquel dia el Sr. Obispo á Juan Diego en su palacio, haciéndole agasajo; y el dia siguiente le ordenó que fuese en su compañia y le señalase el sitio en que mandaba la Virgen Santisima María que se le edificase Templo. Llegados al paraje señaló el sitio y sitios en que la habia visto y hablado las cuatro veces con la Madre de Dios: y pidió licencia para ir á ver a su tio Juan Bernardino, á quien habia dejado enfermo: y habiéndola obtenido, envió el Sr. Obispo algunos de su familia con él, ordenándoles

que si hallasen sano al enfermo, lo llevasen á su presencia.

Quinta Aparición.

Viendo Juan Bernardino á su sobrino acompañado de españoles, y la honra que le hacian, cuando llegó á su casa, le preguntó la causa de aquella novedad; y habiéndole referido todo el progreso de sus mensajes al Señor Obispo, y cómo la Virgen Santísima le habia asegurado de su mejoria; y habiéndole preguntado la hora y momento en que se le habia dicho que estaba libre del accidente que padecia, afirmó Juan Bernardino, que en aquella misma hora y punto habia visto á la misma Señora, en la forma que le habia dicho; y que le habia dado entera salud; y que le dijo "cómo era gusto su-"yo que se le edificase un Tem-"plo en el lugar en que su sobri-

"no la habia visto; y así mismo "que su Imágen se llamase SAN-"TA MARÍA DE GUADALUPE;" no dijo la causa; y habiéndolo entendido los criados del Señor Obispo, llevaron á los dos indios á su presencia: y habiendo sido examinado acerca de su enfermedad, y el modo con que habia cobrado salud, y qué forma tenia la Señora que se la habia dado; averiguada la verdad, llevó el Sr. Obispo á su palacio á los dos indios á la ciudad de México.

Ya se habia difundido por todo el lugar la fama del milagro, y acudian los vecinos de la ciudad á el palacio episcopal á venerar la Imágen. Viendo, pues, el concurso grande del pueblo, llevó el Señor Obispo la Imágen Santa á la Iglesia mayor, y la puso en el altar, donde todos la gozasen, y donde estuvo mientras se le edificó una ermita en el lugar que habia señalado el indio, en que se

005378

colocó después con procesión y fiesta muy solemne.

E ta es toda la tradición sencilla, y sin ornato de palabras: y es en tanto grado cierta esta relacion, que cualquier a circunstancia que se añada, si no fuere absolutamente falsa, será por lo menos apócrifa: porque la forma en que se ha referido, es muy conforme a la precisión, brevedad y fidelidad con que los naturales cuerdos é hiseoriadores de aquel siglo escribian, figuraban y referian los sucesos memorables.

El motivo que tuvo la Virgen para que su Imágen se llamase de Guadalupe, no lo dijo; y asi no se sabe, hasta que Dios sea servido de declarar este misterio.

Hasta aqui llega la tradición primera más antigua y más fidedigna.

———

1080096215

42

005